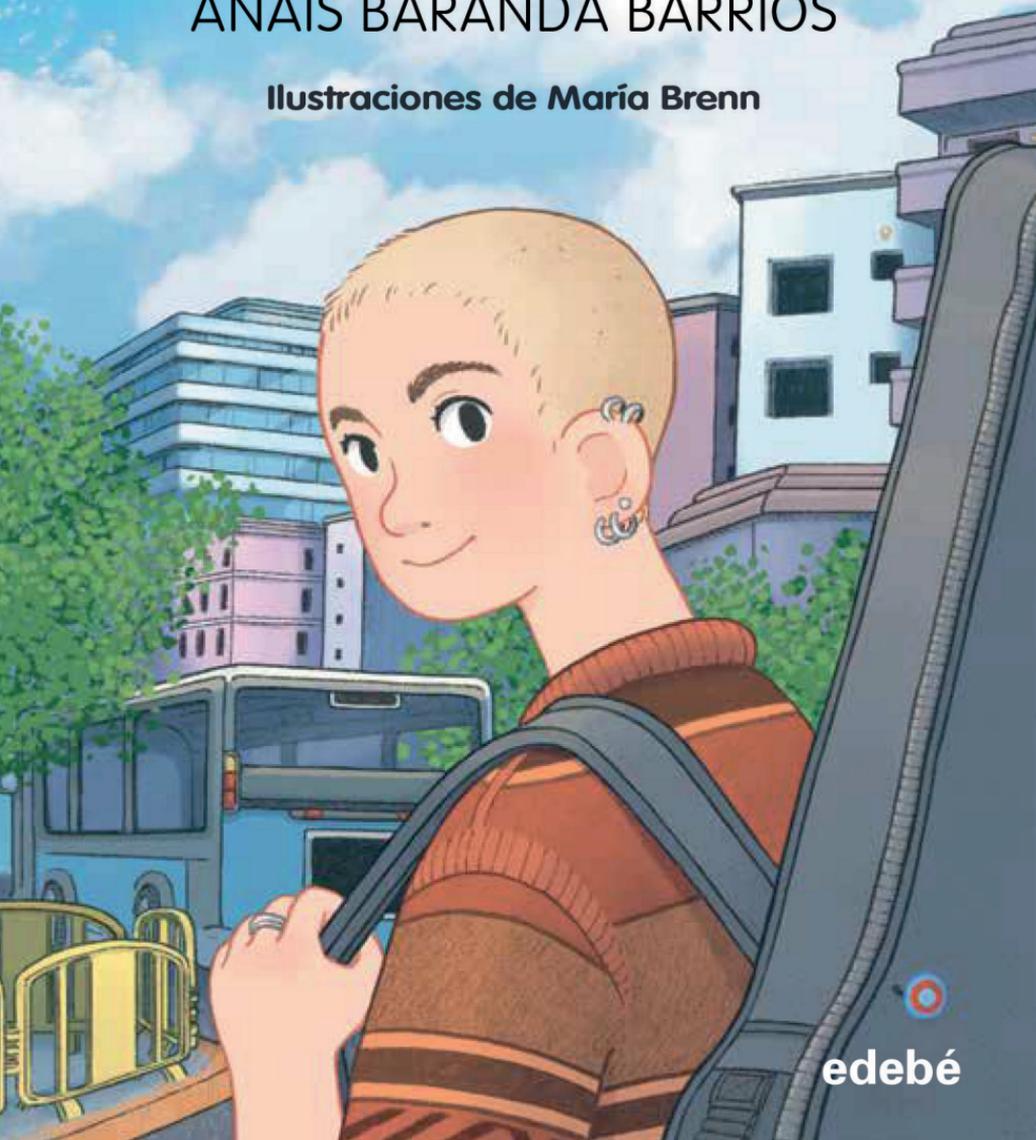


El Hado Padrino

ANAÏS BARANDA BARRIOS

Ilustraciones de María Brenn





El Hado Padrino

ANAÏS BARANDA BARRIOS

El Hado Padrino

Ilustraciones de *María Brenn*

edebé

Obra finalista del Premio Edebé de Literatura Infantil (XXX edición)

© Texto: Anaïs Baranda Barrios, 2022

© Ilustraciones: María Brenn, 2022

© Ed. Cast.: Edebe, 2022

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de las cubiertas: Book & Look

Primera edición, septiembre 2022

ISBN: 978-84-683-5615-0

Depósito Legal: B. 2238-2022

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Manuela, por poner *Sweet Child O'Mine*
en bucle y ser mi Hada Madrina.

Índice

1. <i>Lucille</i> (Little Richard) 	9
2. <i>Time is running out</i> (Muse) 	15
3. <i>Creep</i> (Radiohead) 	23
4. <i>Salvation</i> (The Cranberries) 	29
5. <i>Try</i> (Janis Joplin) 	45
6. <i>Apuesta por el rock'n'roll</i> (Héroes del Silencio) 	53
7. <i>Johnny B. Goode</i> (Chuck Berry) 	63
8. <i>Blowin' in the wind</i> (Bob Dylan) 	69
9. <i>Wish you were here</i> (Pink Floyd) 	77
10. <i>Sweet Child O'Mine</i> (Guns N' Roses) 	83
11. <i>Stairway to heaven</i> (Led Zeppelin) 	89

1

Lucille (Little Richard) 🎵🎵

Ahí estaba, esa era su oportunidad. Lucila no podía parar de sonreír mientras leía la publicación de Instagram:

Concurso de jóvenes talentos organizado por la Escuela de verano del conservatorio de música. Premio: 2 000 euros al ganador.

Llevaba años tocando la vieja guitarra que había heredado de su madre; le había cambiado las cuerdas unas doscientas veces, había reparado golpes y arañazos otras trescientas e incluso había pegado el mástil con cinta aislante. Pero hacía un mes la pobre Janis —así es como se llamaba la guitarra—

abandonó este planeta para vivir en el inframundo de los instrumentos.

La noche que murió Janis, Lucila no pegó ojo y lloró hasta quedarse afónica. Solo esperaba que, en donde quiera que estuviese ahora su guitarra, la trataran bien y le dieran una buena vida, algo mejor que la que ella le dio.

Pero no solo lloraba por eso.

Janis era lo poco que le quedaba de su madre, que había muerto hacía unos años. La guitarra, unas cuantas fotografías y unos casetes con canciones que no podía escuchar porque nadie tenía un aparato para reproducir una cosa tan antigua. Por eso, cuando vio el anuncio del concurso en el móvil, casi se le salta el esmalte negro de las uñas.

Salió disparada de la cama, achuchó hasta la asfixia a Johnny B., su gato, y bajó las escaleras hacia el estudio en el que su padre y sus dos hermanos mayores atendían a los clientes.



—¡Papá! —Lucila agitaba el móvil con las manos levantadas—. ¡Ya sé de dónde sacar el dinero!

La muchacha irrumpió en la sala en la que su padre estaba tatuando a una mujer la cara de un bulldog francés en uno de sus cachetes del culo. La señora y su padre levantaron la vista y la miraron atónitos.

—¡Uy! Perdón —se disculpó Lucila tapándose la boca con el móvil.

Su padre le lanzó tal mirada que Lucila temió que le salieran rayos por los ojos. Entendió el mensaje al segundo, así que dio media vuelta y salió de allí en silencio. La puerta batiente aleteaba como un abanico y Lucila pudo escuchar a la señora hablando con su padre:

—¡Qué niña tan rica! ¿Es tu hija? —La mujer tenía la cara aplastada contra la camilla y hablaba como cuando el dentista te duerme la boca—. ¡Ay! Tiene una carita muy dulce. ¡Qué pena que lleve el pelo rapado y los ojos con tanta pintura!

Lucila apretó los labios y deseó que el bulldog francés le mordiera el culo.

Asomó la cabeza por el ojo de buey de la otra sala, poniéndose de puntillas. Su hermano mayor, Fito, estaba también tatuando. Tras los meses cerrados por la pandemia, intentaban atender a todos los clientes posibles a lo largo del día. No eran muchos, ya que tenían que espaciar bastante las citas para desinfectar y esas cosas, pero apenas descansaban. Llegó hasta el mostrador de la entrada y Robe, el mediano, hablaba por el móvil con su novia mientras hojeaba un cómic.

Era increíble que no pudiera compartir su alegría con nadie. Así que regresó a su habitación, tiró el móvil en la cama y achuchó de nuevo a Johnny B., que parecía ser el único que le hacía caso en aquella familia. Mientras tanto, se apuntó al concurso. Solo hacía falta meter los datos que pedían y pagar veinte euros.

Lucila extendió la mano hacia la mesilla donde estaba su hucha. Abrió la tapa y metió los dedos. Veinte euros exactos. Al menos la inscripción, la tendría asegurada.